

“La ira, si no es refrenada, es frecuentemente más dañina para nosotros que la injuria que la provoca.”

Séneca

Mis demonios.

Dentro de mi mundo feérico, entre flores de infinitos colores, árboles que se levantan como columnas verdes y que desechan sus hojas en un constante goteo, animalitos con sus quehaceres diarios, seres mágicos que entran y salen del bosque,... todo, absolutamente todo, es perfecto.

Si, perfecto. Todo es risa. Todo es felicidad. Cualquier ninfa del lago te saluda como si hiciera años que no te ve, y resulta que hace cinco minutos que acababa de pasar por allí. Los animales se acercan, me rodean, me traen avellanas (y no me gustan nada las avellanas); otra hada, sin más, te coge de las manos y te obliga a dar vueltas como una peonza mientras tararea una canción odiosa (por dios, ¡algunas hadas no sabemos cantar!) y sin contar las noches que no duermo por las constantes juergas que se pegan mis hermanas en la Fuente Sagrada. Sí, sí, juergas por no decir bacanales.

Y eso es cada día. Cada día de mi eterna vida he de aguantar las mismas caras de felicidad, las mismas historias bonitas contadas por la lechuza de ojos saltones, el mismo escenario, la misma rutina.

Y las noches, que eran mi evasión, se han convertido en ruidos odiosos, melodías estruendosas que me sacan de quicio y gemidos placenteros llenos de vicio.

Me cansé.

Y como en un maldito sueño, hoy mi cuerpo se transformó. De repente, de mis brazos empezaron a emerger puntas de acero, como una coraza, y de mis dedos surgían pequeñas llamas empezando así un inmenso incendio en todo mi ser. Mi cabello se irguió como si flotase en otra gravedad, tornándose rojo como la sangre. Y mis ojos brillaban de luz blanca, destellando odio por donde quiera que mirara.

Comencé a levitar y cada vez sentía más calor evaporándose en rabia y destrucción. Medio bosque quedó arrasado, sin piedad, sin clemencia. Nada ni nadie podía parar ese enorme poder, solamente yo misma.

Y así fue. Tras emitir una malévola carcajada que recorrió todo el bosque, pegué mis pies al suelo, y el inmenso incendio corpóreo fue apagándose poco a poco, lentamente, sin prisas, entre jirones de escalofríos.

Volví a mi estado normal. Mis mejillas quedaron sonrosadas y mi cabello un poco erizado, pero de nuevo era yo. Por primera vez en mucho tiempo, relajadísima, me tumbé en el suelo y respiré paz, oí a mi gran añorado silencio y dormí toda la maldita noche, sin ruidos. Simplemente mi vacío y yo.

